

# JUAN DE BOLONIA Y FADRIQUE FURIÓ CERIOL: LA ORTODOXIA DOCTRINAL FRENTE A LA ORTODOXIA EVANGÉLICA<sup>1</sup>

The publication in 1556 of the dispute *Bononia siue de libris sacris in uernaculam linguam couertendis libri duo* that took place one year before in Louvain, between the native of Valencia F. Furió Ceriol and Johannes of Bologna represents one of the most outstanding landmarks concerning the polemic of the time about the vernacular translation of the Bible. We can assert this because in this book we find the confrontation of the two most outstanding positions of the time regarding the Holy Scriptures and the Faith: the one of Furió, defender of the most extreme spiritualism, that represents the Christianity concerned about the evangelical orthodoxy, and the one of Johannes of Bologna, whose main interest was to preserve the doctrinal unity of the faith by transforming in theology the reading and the explanation of the Bible.

En el año 1556 apareció publicada en la ciudad suiza de Basilea<sup>2</sup> la polémica sobre la traducción de la Biblia sostenida un año antes en Lovaina entre el valenciano Fadrique Furió y Ceriol y Juan de Bolonia<sup>3</sup>. En ella se enfrentan dos modos de entender la espiritualidad. Juan de Bolonia representa la ortodoxia católica, obsesionada, como no podía ser de otro modo, por el peligro de las herejías; Furió, por su lado,

<sup>1</sup> Dedico este trabajo al Prof. Germà Colón Doménech, de la Universidad de Basilea, en estas fechas en las que recibe el merecido homenaje por una vida dedicada a la ciencia, y en agradecimiento por la desvelada amabilidad y la sincera amistad que continuamente me dispensa.

<sup>2</sup> Vid. F. Furió Ceriol, *Bononia siue de libris sacris in uernaculam linguam conuertendis libri duo*, Basileae 1556, Leiden 1819<sup>2</sup>, Valencia 1996<sup>3</sup> (texto latino y trad. esp.).

<sup>3</sup> Sobre los detalles de publicación del libro Vid. G. Colón, «L'Humanista Furió Ceriol i la Unitat de la Llengua», *Homenatge a Josep M. de Casacuberta*, 1, 1980, 117 ss.; C. Gilly, *Spain und der Basler Buchdruck*, Basel/Frankfurt a.M. 1985, 191 ss.

encarna la ortodoxia evangélica, es decir, la ortodoxia de la fe y de la confianza sin límites en un Espíritu Santo valedor único del hombre<sup>4</sup>. Sin embargo, nuestro propósito presente no es reiterar lo que ya explicara Bataillon<sup>5</sup>: que el de Bolonia es el prototipo de «teólogo ortodoxo», mientras que Furió apadrina la modernidad política<sup>6</sup> de la época y la piedad espiritual. Nuestro fin es desentrañar, situándonos más allá de las dicotomías irreconciliables<sup>7</sup>, la coherencia de cada uno de estos dos pensamientos contrapuestos, porque se inspiran en preocupaciones y postulados diferentes<sup>8</sup>.

Cada una de estas dos posturas genera dos posicionamientos diferentes ante todos aquellos aspectos que componen la vida humana, es decir, ante aquellas preocupaciones que perfilan el escudriñador apetito intelectual del hombre y que finalmente labran las teorías. Esto que decimos es de gran importancia, porque simboliza el punto de inflexión entre ambas visiones del mundo. Así lo muestra el propio Furió al contraponer los conceptos de «cultura» y de «fe». Estas ideas son dos esferas humanas no ya independientes, sino autárquicas. Es precisa esta escisión porque también son cuestiones inconexas las relativas al conocimiento científico y a la salvación del alma. Las primeras quedan en el plano de lo bueno y deseable, las segundas en el ámbito de lo sagrado. También sus frutos las diferencian: los de la ciencia, son la erudición y el conocimiento del mundo; los de la fe, la perplejidad y la percepción

<sup>4</sup> Es éste también el espíritu del refrán alemán *die Gelehrten die Verkehrten*, con el que se trata de poner de manifiesto que la desnudez intelectual es el canal más receptivo del espíritu. Vid. C. Gilly, «Das Sprichwort 'die Gelehrten die Verkehrten' oder der Verrat der intellektuellen im Zeitalter der Glaubensspaltung», *Forme e destinazione del messaggio religioso. Aspetti della propaganda religiosa nel cinquecento*, Firenze 1991, 229-375.

<sup>5</sup> Vid. M. Bataillon, *Erasmus y España*, Madrid 1986<sup>3</sup>, 552 ss.

<sup>6</sup> Esta cuestión es tratada ampliamente por H. Mechoulán, quien hace una lectura, en ocasiones dieciochesca del valenciano. Vid. H. Mechoulán, *Raison et Alterité chez Fadrique Furió Cerial, philosophe espagnol du XVIIe, siècle*, Paris/Le Haye 1973, *passim*.

<sup>7</sup> Me felicito por la recientísima aparición en Valencia del vol. VI de las *Obras Completas* de Miquel Batllori titulado *Les Reformes Religioses al Segle XVI*, en el que se recogen todos los trabajos del jesuita sobre las reformas quinientistas. En la pluralidad del título se patentiza nuestra afirmación, a saber, que no se puede estudiar el fenómeno de la reforma religiosa desde anacrónicos posicionamientos, sino entendiendo la coherencia de cada postura en sí misma y la congruencia de las disputas.

<sup>8</sup> Ello no impide que, al final de la polémica, reconozca Bononia la superioridad de los argumentos de Furió. Vid. F. Furió, *op. cit.*, 362.

de Dios<sup>9</sup>. Un hombre sin conocimientos de filosofía o retórica, por poner un ejemplo, podría ser calificado de ignorante, pero sólo el hombre sin fe sería el auténtico necio, ya que no sería permeable al conocimiento de Dios. Cabría concluir a este respecto que la cultura es una deseable acucia, mientras que la fe es una imperiosa necesidad del cristiano<sup>10</sup>.

Desde esta cala abierta en el corazón del hombre entre conocimiento y fe, se observa, con la claridad que sólo nace de la coherencia interna de un pensamiento, que en el plano de la fe no tienen cabida las disensiones. Las polémicas serían obra del magín de los teólogos, lo cual equivale a decir que provienen del juicio y del intelecto, pero no de la fe. La fe y el espíritu de Dios unifican, porque no necesitan de comprensión erudita; la hermenéutica teológica separa, porque interpreta mentalmente<sup>11</sup>. En definitiva, Furió ocupa el primer ámbito, mientras

<sup>9</sup> Estas ideas ya están presentes en el propio Valla. Para demostrarlo baste recordar las siguientes palabras del italiano: *Nescimus huius rei causam; quid refert? fide stamus, non probabilitate rationum. Scire hoc, multum ad corroborationem fidei faceret? Plus humilitas. Ait Apostolus: «non alta salientes, sed humilibus consentientes». Scientia diuinorum utilis est? utilius caritas. Dicit enim idem Apostolus: «Scientia inflat, caritas autem aedificat». Vid. L. Valla, *De libero arbitrio*, Firenze 1934, 50. Citado por E. Garin, *Medioevo y Renacimiento*, Madrid 1986, 18.*

También las encontramos profusamente repetidas en Sébastien Châtillon. Así lo indica Buisson en la magnífica biografía que escribió del reformista francés. En el prólogo de la obra lo indica en los términos siguientes con palabras que suenan a postulado previo: «La raison dernière et la seule solide de la liberté religieuse, c'est la conviction qu'il y a deux méthodes et deux certitudes correspondant à deux ordres de choses, l'ordre des faits scientifiques, l'ordre des faits moraux; que dans l'autre à la diversité, condition nécessaire de la sincérité (...)». Vid. F. Buisson, *Sébastien Castellion, sa vie et son oeuvre (1515-1563). Étude sur les origines du protestantisme libéral français*, Nieuwkoop 1964, vol. I, VIII-IX.

<sup>10</sup> *Et monumenta quidem ueterum philosophorum, quae Graecis et Latinis literis continentur, nosse, praeclarum ducimus et gloriosum, at quanto praeclarior et gloriosior fuerit aeternam Dei uoluntatem e sacrorum librorum monumentis eruere habereque perspectam? Illud quidem uoluptatis est, hoc summae cuiusdam necessitatis. Illud si negligas, humanas praeeptiones negligis; hoc uero si abicias, diuina praeepta abicis. Illius quidem ignorantio aut nihil aut parum adfert mali, huius uero ignorantia tristissimam defert calamitatem atque adeo interitum animi sempiternum. Vid. F. Furió, *op. cit.*, 4.*

<sup>11</sup> *Quid? num ii omnes quibus haec quaestio multum in ore est, idem iudicant? Profecto si unquam alias, hic maxime locum habet proverbium illud, tot capita, tot sensus. Quam ego sententiarum uarietatem hinc arbitror emanare, quod ad arbitrium quisque suum cum de multis aliis, tum praecipue de hac quaestione librorum interpretandorum iudicet, nec quae nan sit Dei uoluntas consideret. Nam cum sit Dei mens et uoluntas una, simplex sibi que modis omnibus concordans, eam si sequeremur omnes in iudicando, una esset omnium hominum sententia, una uox, nex tantopere alia ab aliis dissentiremus. Sed rapimur temerario quodam impetu ad iudicandum, nimis sumus nobis ipsi chari, plus satis fidimus nostris uiribus, humana non diuina ratione, dubia, si qua sunt, soluimus, examinamus, ponderamus. Ex eo postea cogimur uariare et quasi fortiti sententias. Vid. F. Furió, *op. cit.*, 8.*

que Juan de Bolonia defiende el segundo. Para el primero, espiritualista, Dios es una emanación que empapa el corazón del hombre del único conocimiento imprescindible: el amor de Dios que conduce a la salvación; para el segundo, teólogo, Dios es legislador, centro de doctrina y garante de la estabilidad social e institucional del momento. Todo ello será puesto de relieve seguidamente cuando se estudie, desde su coherencia interna, cada una de las dos posturas. Empezaremos por el pensamiento de Juan de Bolonia. Así lo hacemos por dos razones: (1) para respetar la disposición del libro y (2) para realzar la aceptación final por parte del italiano de los postulados del español.

El discurso de Bolonia, que se extiende desde la página 12 a la 97 del libro publicado en Basilea, tiene como armazón el concepto de «responsabilidad». En efecto, este profesor de teología se siente, en calidad de teólogo, fiador de la ortodoxia doctrinal católica. Es de su incumbencia, por tanto, nutrir espiritualmente a la grey de Dios, dado que su elevado grado intelectual le habilita para intepretar el mensaje divino. Entramos, pues, en una concepción normativa de la religión, desde la que debemos observar el resto de los postulados del italiano. Entramos también en cuestiones de carácter educativo, ya que la escuela en sentido amplio es el vehículo por excelencia de la doctrina y de los usos de una sociedad. Este fenómeno, por el cual existía la obligación en las universidades de impartir enseñanza de doctrina junto con los otros estudios, ha sido bautizado por algunos historiadores, entre ellos R. L. Kagan<sup>12</sup>, con el nombre de «revolución educativa del siglo XVI». Así había de ser en la tumultuosa Europa del siglo XVI, en la que la posibilidad de recurrir libremente a las fuentes bíblicas y, como consecuencia de ello, a su libre interpretación, hacía tambalear la unidad de la iglesia fundada sobre la universalidad dogmática y doctrinal<sup>13</sup>.

El primer aspecto relevante que Juan de Bolonia plantea es del todo consecuente con sus preocupaciones de teólogo y de profesor: sostiene que la existencia de la jerarquía eclesiástica dimana de la voluntad del propio Jesucristo. He aquí sus palabras: *Sic Christus non prius Apostolos suos ad docendum Euangelium misit, quam essent omnia ad tale munus necessaria edocti et haberet eorum doctrinam exploratam.*

<sup>12</sup> Vid. R. L. Kagan, *Universidad y Sociedad en la España Moderna*, Madrid 1981, 34.

<sup>13</sup> Sobre otras prohibiciones de la biblia en España Vid. J. Enciso, «Prohibiciones españolas en las versiones bíblicas en romance antes del Tridentino», *Estudios Bíblicos*, vol. 3, 1944, 523-560.

(...) *Hoc ipsum exemplum secuti sunt postea Apostoli; et Paulus Timotheum admonet, ut ne quem repente et subito Euangeli ministrum creet. Hinc est, quod a primis Ecclesiae temporibus ad hunc usque diem durat, ut nemo possit de diuina uoluntate praedicare publice ac docere, cuius non fuerit antea explorata doctrina ac certa*<sup>14</sup>.

El alcance de esta afirmación justifica con creces que la hayamos calificado de relevante, puesto que restringe el concepto de «cristiano» en varios aspectos. En primer lugar delimita el término «apóstol», para hacer de él la denominación de un determinado orden jerárquico de la iglesia. Así pues, convierte el vocablo en la indicación de aquellos sujetos que ostentan la responsabilidad de salvaguardar el mensaje de Cristo, en concreto los que forman el «colegio apostólico»: los obispos con el papa al frente. En segundo lugar se restringe el concepto de «doctrina», insertándolo en el de «tradicición». Con ello se señala la necesidad de que existan en la iglesia unos pastores que, tras aprender de la misma iglesia la verdad que sólo ella posee por tradición que procede del propio Cristo, la enseñen con la venia de la institución y en los términos que esta juzgue. De todo ello y en relación con la primera de estas restricciones podemos hacer otra acotación destacadísima: la «definición» de pueblo de Dios que se deduce del texto de Bolonia. El siervo de Dios se caracteriza por su comunión con la jerarquía, que es quien le dispensa el alimento espiritual. De este modo el evangelio queda transformado en un contrato doctrinal de adhesión en manos de los «apóstoles» que el pueblo aprende y «suscribe». La iglesia, a su vez, se transforma en una suerte de engranaje por el que circula el espíritu de Dios que, aunque lo anime, requiere del engranaje para penetrar en las almas, porque así lo ha establecido el propio Dios. Se garantiza con ello la irreprochabilidad del mensaje de Dios, convertido en un diamante engastado que la iglesia atesora y muestra a sus fieles en las debidas condiciones que permitan que su fulgor sea el auténtico.

El de Bolonia, con estas consideraciones, está convirtiendo la Biblia en un fundamento de doctrina más que de fe. Es ahí donde radica, según venimos reiterando, la principal discrepancia entre la concepción de la religión del italiano y la de Furió. En este sentido es completamente congruente al mostrarse contrario a la traducción de la Biblia a las diferentes lenguas vernáculas, pues con ello se favorecería la dispersión

<sup>14</sup> Vid. R. L. Kagan, *Universidad y Sociedad en la España Moderna*, Madrid 1981, 34.

interpretativa y las doctrinas heterodoxas y erradas<sup>15</sup>. La principal habilidad de Bolonia reside en hacer de esta opinión un mandato implícito de Cristo.

Todo esto deriva en una concepción de la enseñanza basada en tres pilares: (1) *usus*, (2) *obseruatio* y (3) *admonitio*, o lo que es lo mismo: (1) tradición en el sentido de ortodoxia, (2) dedicación «intelectual», no inspirada como luego dirá Furió, al estudio de la palabra de Dios y (3) una enseñanza de corte catequético. De este modo, la docencia se transforma en adoctrinamiento. Deja de ser preponderantemente crítica y comunicación de pensamientos, para hacerse normativa de perfección moral. De ahí la contrapropuesta de Bolonia a los que tengan anhelos de conocer la sagrada escritura: que estudien teología, es decir, que entre en los cauces de la ortodoxia. La iglesia como institución se eleva una vez más al rango de depositaria única de la palabra de Dios y, como es comprensible, asume la función excluyente de transmitirla<sup>16</sup>.

Esta justificación se complementa con otras afirmaciones tendentes todas a determinar la necesidad de mantener las sagradas escrituras en el féretro de unos pocos. Es entonces cuando nos sale al paso el redivo tópico de la dificultad de entender la Biblia. Bolonia, al aseverar que *non quod legitur nos allicit et detinet, sed quod intelligitur*<sup>17</sup>, está diferenciando entre dos acciones intelectuales que, a menudo, parecen ser similares: la lectura y la intelección. Nuestro teólogo, al diferenciarlas, extrae de lo que es una verdad ontológica, una consecuencia clara: no es lo importante leer la Biblia, sino entenderla, de ahí que lo perentorio no sea tanto poner los textos sagrados al alcance de todos, como universalizar los comentarios de los exegetas autorizados. A todo ello se une la idea de que la teología es la más difícil de las ciencias<sup>18</sup>, por ende sólo unos pocos pueden entregarse a su estudio, mientras que la mayoría debe disponerse a aceptar las enseñanzas exhortativas de estos pocos.

Sin embargo, el teólogo de Lovaina es consciente de que la dificultad de la Biblia, para ser auténticamente severa, debe pertenecer al

<sup>15</sup> *Ergo qui docent uersionibus istis quas in uulgares linguas dicis, non indigent, quandoquidem sacras literas iam norunt; et ita norunt, ut eas aliis rectissime possint interpretari. Iam qui sacras literas addiscunt, eas ex alicuius doctoris interpretatione discunt. Vid. F. Furió, op. cit., 16.*

<sup>17</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 23.*

<sup>18</sup> *Nihil est cum Theologiae obscuritate comparandum. Vid. F. Furió, op. cit., 24.*

ámbito de la *res*, de lo conceptual. Es el corolario esperado de unos postulados que hablan de exégesis. La traducción de la Biblia, pues, no sería una labor de búsqueda de equivalentes verbales, sino de equivalentes conceptuales, y, en el caso de la Escritura, de equivalentes conceptuales divinos: (...) *sed difficultas non in uerbis, sed in rebus ipsis. Quae fuerit ex se res difficilis, haec utcunque aliis uel aliis uerbis explicet, res eadem manet, eadem ergo difficultas*<sup>19</sup>.

De esta manera concluye Juan de Bolonia su primer núcleo argumental. Ha tratado de demostrar que la iglesia tiene el deber de salvaguardar la pureza del mensaje evangélico, así como la de enseñar a los fieles su sentido cabal. Ahora inicia, siguiendo las leyes de la dialéctica, un segundo frente argumental: conjeturando sobre las posibles opiniones de Furió, trata de reducir al absurdo el postulado general del valenciano en favor de las traducciones vernáculas de la Biblia. En este sentido critica el concepto de *utilitas* que a ciencia cierta había de poner en juego el reformista español. En efecto, la posibilidad de leer la Sagrada Escritura en la lengua materna tiene la «utilidad» de facilitar a todos los cristianos el acceso a uno de los pilares de su fe. Desde la perspectiva del valenciano esto es cierto, porque la instrucción espiritual de los cristianos es la base de la comunión cristiana y, por tanto, el fundamento de los comportamientos, sean sociales, políticos o éticos, del hombre. Bolonia, sin embargo, se mantiene en los límites de la disquisición terminológica, porque nadie por sí mismo está preparado para aprender el mensaje de Dios, ya que a sus ojos el mensaje es normativo más que espiritual. De ahí que diga que lo útil para el estado es poseer un buen ejército, buenas leyes, buenos gobernantes, una economía saneada, en definitiva, todas aquellas cosas que dependen del gobierno material de los hombres. La religión en este sentido no puede ser «útil», no puede ser «ancilar», porque constituye el armazón de la sociedad. El mantenimiento de esas estructuras sólo queda garantizado con una «estamento sacerdotal», que haga natural y verídica la doctrina ortodoxa<sup>20</sup>.

En consecuencia, la palabra de Dios es, por definición, «inútil», porque su campo de acción no puede ser jamás el mismo, a juicio de

<sup>19</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 26.

<sup>20</sup> *Ergo si neque ad docendum neque ad discendum neque ad ornatum neque domi neque foris neque in bello neque in pace, neque in ocio neque in negocio ista Bibliorum traductio Reipublicae conducit, eam inutilem esse necesse est fateamur.* Vid. F. Furió, *op. cit.*, 34.

Bolonia, que el de las cosas destinadas al sostenimiento y a la perpetuación del estado. Sólo reportará bien si es enseñada por los canales establecidos por quienes detentan la ortodoxia<sup>21</sup>. La generalización de los Libros Sácros sería para este profesor de teología un sacrilegio<sup>22</sup>. La justificación aparente de esta afirmación es que puede caer en manos de malvados y malintencionados que pueden utilizar la palabra de Dios para obras de impiedad con desconocimiento y sevicia<sup>23</sup>. La justificación real se trasluce de la aparente y es más profunda: si la Biblia es un libro de doctrina, debe estar al acceso sólo de los maestros, cualquier otro uso sería darle una función distinta de la que le es propia.

Para el teólogo esta descontextualización ha dado lugar, además, a múltiples herejías. Por ello, frente a la lectura directa del texto sagrado, propone una exhortativa docente basada en la aclaración de los *sensa*, siempre unívocos y siempre patrimonio de los teólogos. Las proposiciones heréticas, por tanto, no pueden proceder de los *sensa*, sino de la manipulación necia de los *uerba*. De este modo volvemos al principio, los *sensa* de la escritura son incuestionables, como incuestionable y unívoca es la doctrina. Las ambigüedades serían siempre producto de palabras. De ahí que para el teólogo italiano las lenguas sean intraducibles<sup>24</sup>, porque cada una reparte los *sensa* de un modo peculiar y en unos *uerba* divergentes. Ciertamente los idiomas pueden contar con términos semejantes, pero nunca serían equivalentes en toda la extensión de sus acepciones. Lo necesario, pues, para el que quiera conocer la palabra de Dios y ser teólogo, dado que existe una continuidad entre lo uno y lo otro, es primeramente aprender el sistema de *uerba* de las tres lenguas sagradas, y, a partir de ello, penetrar en los *sensa* bíblicos. El teólogo lo que hace es dar a las palabras el *sensus* pertinente<sup>25</sup>. En ello se contra-

<sup>21</sup> *Probares facile ex isto loco munus et officium Pontificum esse, legere, relegere, perlegere Diuinam Scripturam, eamque habere perspectissimam. (...) et ab legendae scripturae sacrae uinculo omnes soluti sunt, quicumque sunt extra ecclesiasticum ordinem constituti. Vid. F. Furió, op. cit., 35.*

<sup>22</sup> *Non debet uerti sacra scriptura in uulgi linguam, quo isto modo uersa, negligi, uiolari et pollui uideatur. Vid. F. Furió, op. cit., 36.*

<sup>23</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 36-ss.*

<sup>24</sup> *Nonne interpretis est, ut fideliter uertat, quae pluribus in una lingua fuerant explicata, in pauciora in aliam interdum contrahere? Vid. F. Furió, op. cit., 96.*

<sup>25</sup> *Et in caeteris quidem omnibus scripturis, quae multae ab humana solertia et diligentia profectae sunt, hominum cogitata et sensa explicantur et aperiuntur, in hac uero diuina Dei mens nobis, ad nostram utilitatem exponitur; omnia ab ipso Deo proficiscentia, imo uero ipsa uoluntas Dei nobis diuinitus patefacta. Vid. F. Furió, op. cit., 38.*

pondría a los heterodoxos que embarullarían, a su juicio, las palabras sin discernir el contenido<sup>26</sup>. La existencia de la teología como patrimonio de la iglesia significa además la continuidad de la estructura jerárquica que, al parecer de Bolonia, Cristo quiso para su pueblo al hacerla depositaria exclusiva de su palabra<sup>27</sup>. Todo ello se vería socavado con el acceso generalizado a la escritura<sup>28</sup>.

Toda la argumentación de Bolonia se cierra con una razón que podríamos denominar ontológica: la Biblia es superior a lo que el vulgo puede *per se* entender<sup>29</sup>. Bajo al denominación de vulgo el italiano recoge a indoctos, niños, mujeres, etc., con consideraciones que conducen a entender la Escritura como campo de estudio del teólogo y no del cristiano, como objeto de conocimiento más que de salvación, como objeto de doctrina más que de fe. De ahí nace la perentoriedad de poseer una erudición variada para poder enfrentarse con el texto sagrado, en concreto se hace imprescindible primeramente entender las tres lenguas bíblicas<sup>30</sup>, luego saber los resortes de la dialéctica<sup>31</sup> y, por último, ser un filósofo experimentado<sup>32</sup>. Las tres lenguas sagradas abren el paso de los *sensa* bíblicos; la dialéctica, luz del entendimiento, es el método de acceder a esos *sensa*; la filosofía, por su lado, se muestra base de la teología. Todo ello es así, porque el conocimiento de lo divino es para Bolonia gradual, de ahí que haya que conocer primero el mundo presente para penetrar los arcanos superiores. La Biblia es importante, por

<sup>26</sup> De ahí que traducir la Biblia a los romances es una contravección de la voluntad de Jesucristo (*Nonne merito dicas hominum auctoritatem diuinis literis anteponi? Vid. F. Furió, op. cit., 43*), que entregó su palabra sólo a unos escogidos: sus apóstoles (*Nimirum ut intelligamus sacram scripturam, qui cibus est animi nostri, per manus nos Pontificum, non nostris accipere eam et intelligere oportere. Vid. F. Furió, op. cit., 44*). Por ello la escritura debe ser patrimonio de unos pocos, precisamente de aquéllos que tienen la obligación de enseñarla y hacerla aprender a los demás con esfuerzo (*Voluerent illi sapientissimi uiri cognitionem de rebus cum labore operoso et molesto haberi, ut ne facilitate explicata rei excellentia sorderet. Vid. F. Furió, op. cit., 57*).

<sup>27</sup> *Ecclesiae et Pontificum duo esse officia et munera non ignoras, alterum fideliter gubernare sibi commissam Ecclesiam ministro uerbi diuinum; alterum arcere falsam doctrinam et scandala —ut uulgo dicuntur— quae statu Rempublicam aut loco dimouere possint. Vid. F. Furió, op. cit., 92-93.*

<sup>28</sup> *Frustra praeterea uiderentur tot pontifices, tot ecclesiastici ministri, tot doctores, tot concionatores constiuiti, si promiscuae multitudine Biblia legenda proponantur. Vid. F. Furió, op. cit., 58.*

<sup>29</sup> *Est item sublimior sacra scriptura, quam ut eam homines plebei intelligere possint. Vid. F. Furió, op. cit., 58-9.*

<sup>30</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 79-81.*

<sup>31</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 72-73.*

<sup>32</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 73-75.*

tanto, como objeto teológico, su función es la de apoyar las doctrinas teológico-morales de la iglesia, antes que la de fundamentar la fe en una esperanza cierta de salvación. En definitiva, la Escritura queda secluida como objeto de la teología.

Estas ideas de Juan de Bolonia chocaban necesariamente con el sentir de Fadrique Furió Ceriol, un espiritualista preocupado ante todo por la salvación. Para el valenciano la palabra de Dios es fuente de vida y consuelo del cristiano. La Biblia, como se decía ya en tiempos de Boccaccio, era «el poema de Dios», una emanación de su sabiduría y el testimonio de su proyecto de salvación. Por eso precisamente la escritura no es patrimonio de los teólogos, sino herencia natural de todo creyente<sup>33</sup>. Retomando la imagen del diamante que utilizamos anteriormente, para Furió el diamante de Dios está escondido por la fe en el corazón de todos y cada uno de los creyentes, y posee un brillo incontenible y un resplandor universal. Sólo en este contexto podemos intentar comprender la coherencia del planteamiento de Furió.

El discurso del valenciano comienza en la página 97 de la edición babilense del libro y se prolonga hasta el final del mismo. El hilo argumental que le da coherencia es la idea de que todo creyente por pura inspiración espiritual es capaz de alcanzar la sabiduría divina, es decir, el conocimiento de Dios. Este concepto medular le obliga a iniciar su discurso con la crítica del principio de autoridad. Bajo esta óptica el único deber del filósofo sería seguir la razón, no los principios de escuela, o lo que es lo mismo, las doctrinas. En este sentido la Biblia es la única autoridad del cristiano y no sus exégesis. De este modo el texto sagrado se torna símbolo de fe y deja de ser fundamentalmente una fuente doctrinal. Sólo lo verdadero debe convertirse en faro del cristiano<sup>34</sup>, lo que no sea esto es principio de escuela y, como tal, parcial, discutible y, en ocasiones, pernicioso.

Partiendo de estas consideraciones iniciales redefine Furió el concepto de sabio. El valenciano se siente obligado a derruir la idea que tiende a equiparar la sabiduría con la erudición. En este sentido la sabi-

<sup>33</sup> Vid. F. Cohen, *Tableau de la littérature française médiéval. Idées et sensibilités*. Paris 1950, 23 ss.; también E. R. Curtius, *Literatura europea y edad media latina*, Madrid 1984, vol. I, 305 ss., citados ambos por E. Garin, *op. cit.*, 43-44.

<sup>34</sup> *Literae item artesque omnes ad humanam referuntur societatem uel augendam uel conseruandam, cui non uideo, quam in re ex literis instructi emolumento esse possimus, si certi nihil habeamus quod sequamur*. Vid. F. Furió, *op. cit.*, 100.

duría, más que la consumación de un proceso, es el umbral que lo abre. Sería el estado previo de permeabilidad y curiosidad del sujeto discen- te. Por ello sabio es el que distingue con perspicacia los matices<sup>35</sup>. En paralelo con ello, el necio viene caracterizado por el temor a la pluri- formidad. En conclusión, sabio es el que ama la verdad, el que no teme el deslumbramiento de la luz de la verdad; el que analiza sin condicio- namientos previos y se empeña únicamente en la contemplación de la verdad. El proceder de los sabios, y con ello redunda el valenciano en la crítica del principio de autoridad, es el análisis permanente de las cosas<sup>36</sup>. La justificación final de todo lo que decimos la encuentra Furió en Dios. Su mensaje queda más allá de toda dialéctica, siendo en reali- dad la única autoridad del cristiano. La condición de sabio, por tanto, es contigua a la de cristiano, porque éste es, por definición, el que mira a Dios desnudo, raso como una tablilla impóluta.

Esta concepción del cristiano y, en definitiva, del hombre nace de un talante sereno y de un juicio bondadoso que no trata de imponer por imponerse, sino de manifestar tajantemente sus opiniones, basadas en la fuerza de lo que tiene por verdadero e iluminadas por una piedad pro- funda y sincera. Furió inspira su vida en el amor de Dios y en la con- fianza suprema en los designios y en la sabiduría superiores<sup>37</sup>. Así se pone de relieve también cuando expone sus pensamientos políticos. En ellos rezuma el sentido de la ecuanimidad y la comprensión para con los demás. Basta leer sus *Articuli pacis*<sup>38</sup> o sus *Remedios*<sup>39</sup> para cerciorarse de que el fundamento de la sociedad para Furió es el respeto y la tolerancia.

<sup>35</sup> *Arbitror, quod qui hebeti sunt aut tardo ingenio, cum se ad ueritatem inquirendam con- tulerunt, tanta ex rerum multiplici uarietate, quas non intelligunt, admiratione detinentur, ut attonitorum more, ore aperto, oculis defixis, in stuporem conueriantur. (...) Contra, qui excellenti sunt ingenio nati et iudicio praestant, perspicacissime in omnes partes oculos circumferunt, colores per- fecte distinguunt. Vid. F. Furió, op. cit., 101.*

<sup>36</sup> *Causas rerum uident (los sabios y excelentes), earum effecta non ignorant. Sic denique in rerum cognitione uersantur, ut ueritatem ipsam quasi lucidissimum uehementissimisque solem, instar aquilae apertis infixisque in eam oculis intueantur. Vid. F. Furió, op. cit., 101.*

<sup>37</sup> *Te igitur, ut Statius in Stephebis inquit, Clamo, postulo, obsecro, oro, ploro atque implo- ro Deum, ut nos in hac disputatione a uero aberrare non sinas, sed tenebras a nostris mentibus tuo lumine deicias faciasque ut omni deposita contentione, pertinaciaque et studio uincendi, solam ueritatem et consectemur et assequamur. Vid. F. Furió, op. cit., 105-106.*

<sup>38</sup> *Los articuli pacis* aparecen reproducidos en C. Gilly, *Spanien und der Basler Buchdruck*, 197-9..

<sup>39</sup> *H. Mechoulan (op. cit., 111-20) edita estos Remedios según el ms. de la B.N.M. También reproduce el resumen que escribió J.A. de Thou (op. cit., pp. 121-3).*

El fundamento último de la tolerancia es la percepción de que el amor de Dios iguala a todos los hombres. Todo el pueblo de Dios es sacerdote, profeta y rey. En consecuencia, a todos incumbe lo divino, a todos los cristianos. Por tanto, tras haber redefinido el concepto de autoridad, el valenciano se ve obligado a redefinir el de «religión», para convertirla en patrimonio de todos los creyentes. Veamos sus palabras: *An non decet omnes Christianos esse religiosos? Decet, quoniam religio est optimus, sanctissimus piissimusque cultus Dei, quem pura et incorrupta mente et uoce ueneramur. Ergo debent omnes Christiani esse religiosi, nemo negat*<sup>40</sup>.

De esta manera, con su firmeza y claridad habituales, interpreta Furió la religión como el vínculo que enlaza a los hombres con Dios. Esa unión es ya manifestación tangible del amor de Dios. La aceptación por parte del español de la consabida etimología ciceroniana de *religio*<sup>41</sup> supone comprender la espiritualidad como una continuidad divina entre Dios y el hombre. Por ello todo cristiano tiene la obligación de conocer la palabra de Dios; de lo contrario no podría denominarse cristiano, porque no estaría poniéndose en las manos de Dios<sup>42</sup>. Por consiguiente, es Dios quien enseña a través del Espíritu Santo, quien da la fe y quien salva.

La preponderancia dada por Furió a la fe debía sonar a herética, sobre todo porque supone la supresión del eslabón eclesial y jerárquico en el tránsito hacia Dios. Si es la fe la que salva, debe existir una senda directa entre Dios y el hombre, entre el conocimiento de Dios y la salvación. Furió, para contrarrestar estas consideraciones, somete a crítica también el concepto de «herejía». Empieza por poner en duda la etiología que Bolonia ensaya del fenómeno. Contradice entonces la teoría del italiano según la cual los herejes nacen de aquéllos que leen libremente la Biblia, sin tener en cuenta las exégesis autorizadas. Furió tiene esta opinión por una falacia y un despropósito, ya que la palabra de Dios no puede engendrar disputa y desasosiego entre sus fieles.

Las herejías son fruto, por el contrario, de las escuelas de teología, surgen de considerar la Biblia un simple objeto de la teología. La labor interpretativa frena las emanaciones espirituales, a juicio de Furió, lo

<sup>40</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 109-110.

<sup>41</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 110.

<sup>42</sup> *Quare debet diuina scriptura in uulgi linguam traduci, si religiosi esse uolumus.* Vid. F. Furió, *op. cit.* 110-111.

mismo que las disquisiciones de escuela acallan el clamor paladino del cielo. En consecuencia, las herejías se combaten no con la prohibición de la Biblia, sino con concilios y plegarias<sup>43</sup>. Con esta maestría ha dado el valenciano la vuelta al argumento del italiano, al hacer de la doctrina el núcleo de la disensión entre cristianos, y de la fe, representada en la acción directa del espíritu sobre los hombres, el centro de unidad entre los creyentes. Prueba de ello es, continúa diciendo el reformador español, que también existieron herejías entre aquéllos que tenían como lengua materna una de las expresiones bíblicas, por ejemplo los hebreos<sup>44</sup>.

En conclusión, la distinción entre *uerba* y *sensa* no sirve para explicar las proposiciones heréticas, pues éstas, al parecer de Furió, no nacen de interpretaciones erróneas de *sensa* bíblicos, sino de errores humanos, de intrínquilis de secta, o lo que es lo mismo, de intereses de escuelas. De esta manera arremete Furió contra los sofismas místéricos de los teólogos que embadurnan la transparencia de la palabra de Dios con interpretaciones complicadas que en nada se corresponden con la realidad evangélica<sup>45</sup>. La única verdad para el cristiano debe ser la de hacerse apóstol. Con esta aseveración universaliza lo que Bolonia había restringido: la obligación de evangelizar, de ser testigo de Cristo, es compartida por todo cristiano; todos son, por tanto, apóstoles. La generalidad del apostolado es la esencia del discurso del valenciano, de ahí que la lengua en que se exprese el mensaje evangélico adquiera una función subsidiaria. He aquí lo que dice a este respecto nuestro autor: *Ratio autem haec est quod, si scopus et finis praedicationis doctrinaeque Euangelicae is est, ut per auditionem trahamur ad Deum et ad fidem Christo habendam, id profecto humano more, duobus potissimum modis fieri potest: aut ut omnes omnis nationis homines una et eadem lingua utantur, aut, si non utantur, ea lingua conciones fiant librique scribantur, quae a natione quaque intelligi possint*<sup>46</sup>.

Con estas palabras queda subrayado el gran pragmatismo que inspira a Furió tanto en sus propuestas políticas como en su talante religio-

<sup>43</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 113-ss.

<sup>44</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 119.

<sup>45</sup> *Illi enim mysteria certa et quaedam quasi diuinitatem, singulis literarum suarum formis tribuunt, in quibus abditissima quaedam diuinarum rerum arcana contineantur, quae, dum in peregrinam linguam Scriptura ueritur, nec intelliguntur nec apparent uspiam. Tractarem uberius ac fusius hunc locum, nisi uererer ne longior essem* Vid. F. Furió, *op. cit.*, 123.

<sup>46</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 124.

so. En efecto, una vez que ha expuesto su objetivo: que todos sean conscientes de su salvación, sólo le preocupa que este mensaje llegue a sus destinatarios. De ahí que lo único relevante a su juicio sea el propio mensaje, más allá de la lengua en que esté referido y más allá de los teólogos, porque es el propio Dios el que comunica directamente con el alma del creyente para infundirle toda la sabiduría necesaria. En este sentido el milagro del don de lenguas sería más que un milagro e incluso más que una gracia, sería la constatación bíblica de que el Espíritu Santo puede penetrar en el entendimiento de cualquiera, porque su enseñanza es espiritual y salutífera, no erudita ni cultural<sup>47</sup>.

En resumen, el concepto de *sensa* referido por Bolonia se convierte en el centro de la polémica entre ambos intelectuales. Para el italiano eran una suerte de arcanos encerrados indefectiblemente en los *uerba* de las tres lenguas sagradas; para el español son un valor inasible, el fundamento de la experiencia religiosa, de ahí que la traducción de las lenguas sagradas sea un deber del cristiano. Como conclusión de todo ello podemos transcribir las siguientes palabras: *Quid? Ecclesia Romana nonne tacito quodam consensu approbavit transferri in cuiusque nationis uernaculam linguam Biblia oportere? quod duobus potissimum ex locis colligo: uno, quod quotidie in lucem prodeunt cuique nationi libri et ueteris et noue Foederis sua uernacula lingua loquentes; altero, quod, dum permisu in Latinam linguam uerti, uidetur etiam causam meam approbasse*<sup>48</sup>.

En definitiva, tanto la pragmática y la imposición de la realidad lingüística cotidiana, como la práctica eclesial, sancionan la opinión de Furió. Pragmatismo y tradición son el pilar de su teoría y la justificación de su posicionamiento. La justificación última es la evangelización, o hacer accesible la Biblia a todos los corazones<sup>49</sup>.

El miedo a la traducción se le revela a Furió fruto de tres vicios: la pusilanimidad, el interés económico y la arrogancia. Pusilanimidad, porque demuestra poca fe en el propio Dios y en su espíritu y poca confianza en las potencialidades de la naturaleza humana, creación del propio Dios; interés de lucro, porque con la accesibilidad del mensaje de

<sup>47</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 126.

<sup>48</sup> Vid., F. Furió, *op. cit.*, 130-131.

<sup>49</sup> *Quare si ut a pluribus Scriptura sacra intelligatur, facta est Latina, a pluribus mehercules intelligetur, si in cuiusque nationis uernaculam linguam interpretetur. Vid. F. Furió, op. cit., 131.*

Dios para todo cristiano se acaba el monopolio de muchas órdenes religiosas y de muchos clérigos que viven de la escritura en vez de servirla; arrogancia, por último, porque los teólogos creen con arrogancia que son los únicos dotados para comprender la Biblia<sup>50</sup>. A todo ello Furió contrapone la humilde figura del creyente esperanzado que se arroja cada día al vacío de la providencia. La razón última de estas palabras nos es ya conocida: la única autoridad para un cristiano es Dios<sup>51</sup>.

Todos deben conocer la Biblia porque la salvación de Cristo es universal. Ésta es la principal utilidad de la Biblia y, por ello, todos deben conocerla: *Christus ad omnium utilitatem mortuus est, ab omnibus conosci uult*<sup>52</sup>. Con ello se cumple la orden apostólica de Cristo: *euntes ergo, docete omnes gentes*<sup>53</sup>. Esta universalidad queda garantizada con la traducción. Por ello, la única solución para evitar la traducción, es convertir las lenguas sagradas en lenguas universales, es decir, en hacerlas lenguas del pueblo, con lo que, además de reducir al absurdo la argumentación del teólogo italiano, vuelve sobre la idea de que Dios debe hablar y estar accesible en la lengua cotidiana<sup>54</sup>.

El esfuerzo principal del creyente, incide en ello Furió constantemente, debe ser el de aprender la palabra de Dios, porque ella le conduce a la salvación. Dios es el mejor docente y los *sensa* espirituales que encaminan al hombre al paraíso brotan de la Biblia, por sí misma recipiente, intérprete y contenido de la salvación. La confianza completa en la nitidez del mensaje de Dios es lo que separa a Bolonia y al español<sup>55</sup>. Furió, por otra parte y con gran inteligencia, para evitar caer en la cuestión peligrosa de la libre interpretación de la Escritura por parte de los cristianos, introduce la triquiñuela de hablar no de libre aprendizaje e

<sup>50</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 130-131.

<sup>51</sup> *Vitia hominum, quae sua sunt natura deformia et turpia, homines cum diligentia et arte imitari et conantur et pulchrum ducunt, nos uero egregium Dei, Vatum, Christi, Apostolorum et Ecclesiae longe pulcherrimum factum, non solum non imitabimur, sed etiam non esse imitandum contendemus?* Vid. F. Furió, *op. cit.*, 134.

<sup>52</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 135.

<sup>53</sup> Vid. Math. 28-19.

<sup>54</sup> *Sumus autem omnes ea lege Christiani, ut quicquid uel ad Rempubicam utiliter, uel ad Dei religionem commode, uel ad Christi decreta conuentienter fieri possit, id pro uirili non solum conemur, uerum etiam quoad eius fieri possit, efficiamus.* Vid. F. Furió, *op. cit.*, 136-137.

<sup>55</sup> *Etenim a nemine alterius sensa animi melius loquendo aperiri possunt, quam ab eo a quo fuerant excogitata. Deus nos, quasi scholas aperuisset, in sacris libris cogitata mentis suae docet, quae aquo melius quam a se ipso explicabunt?* Vid. F. Furió, *op. cit.*, 138.

interpretación, sino de sabiduría inmensa de Dios que se expresa para que todos le entiendan y aprendan. Con ello ensalza el sacerdocio individual de cada cristiano, pero en términos difícilmente sancionables: *Quis Deo doctior? Quis Deo melior? Quis meliora docere, quis certiora uerioraque poterit? (...) Deus uero neminem decipit neci pse decipitur*<sup>56</sup>.

La retoricidad de estas cuestiones refuerzan el pensamiento del valenciano y lo salvaguardan del peligro de pronunciar palabras heterodoxas. Dios se transforma en el justificador y en el intérprete de la cuestión indicada por Furió. Dios es el centro del saber. Además es libre para elegir a quién ofrece su mensaje, que, por su propia voluntad, ha de ser universal. De esta manera obliga al italiano a negar la omnipotencia de Dios, si osara replicarle. La consecuencia de todo ello no puede ser más contundente: *Sequamur igitur certissimum et uerissimum omnium doctorem, Deum et eius filium Iesum Christum, qui nec errare possunt nec in errores non inducere. Et Christus quidem lumen est, quo poterimus tenebras nostrae mentis illustrare, sine quo nemo potest nisi in tenebris uersari*<sup>57</sup>.

Ahora la postura de Furió ante la traducción de la Biblia y, en definitiva, ante la fe, se nos revela resultado de su pietismo<sup>58</sup>. Se basa en dos postulados evangélicos: en la afirmación de Cristo de ser la luz del mundo<sup>59</sup> y en la conminación de Dios Padre a todos los creyentes de encomendarse a Jesús<sup>60</sup>. Por tanto, la mejor manera de contrarrestar el engaño y la «herejía» de los comentaristas, es con la capacidad de juzgar sus palabras, para lo cual es imprescindible el conocimiento directo del Texto Sagrado. La aceptación pasiva de las cosas no es lo propio del hombre. Con ello reitera el reformista que sólo el conocimiento directo de la Escritura da agilidad espiritual para entenderla y de ahí nacería la capacidad de evaluar a los comentaristas<sup>61</sup>.

Con estas aseveraciones pone el español en tela de juicio el saber de los doctores de la iglesia, de los teólogos, concedores supremos de

<sup>56</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 139.

<sup>57</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 142-143.

<sup>58</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 143.

<sup>59</sup> Vid. Joan 8, 12; también 1, 4: 1, 9; 5; 12, 36; 12, 46.

<sup>60</sup> Vid. Matth. 3, 17; Marc. 1, 1; Luc. 9, 35.

<sup>61</sup> *Quo pacto tranquillitatem animus assequetur, quo pacto in dubio non uersabitur, quo pacto sibi satisfaciet, nisi habeat ad manus sacra uolumina quae eum securum reddeant?* Vid. F. Furió, *op. cit.*, 146.

Dios según Bolonia<sup>62</sup>. A una iglesia infalible, intérprete de lo divino, opone el reformador español la inspirada humildad del creyente. El hombre, como teólogo, es decir, como científico, se equivoca; como creyente, es sabio, porque es penetrable por el amor de Dios, la sabiduría infalible por excelencia. La iglesia debe interpretar la Biblia -Furió no niega que ésta sea una de sus funciones-, pero ello no exime a cada uno de los que la componen de la obligación de meditar la palabra divina. En cualquier caso, siempre la palabra de Dios primará sobre su exégesis. Por ello a la pregunta de *Vtrum igitur malles sequi, Scripturam ne, an concionatores? Scripturam. Quur igitur Scripturam populo interdices, et ad concionatores eum allegabis?*<sup>63</sup> responde, citando una larga serie de testimonios procedentes de padres de la iglesia, lo siguiente: *Christo nihil purius, nihil uerius, nihil sincerius, ipsum ergo potius, quam alium, audiamus*<sup>64</sup>.

Contra lo que pudiera parecer, Furió no niega la dificultad de la Biblia, como ya hiciera Bolonia<sup>65</sup>, lo que afirma es que constituye el alimento más nutritivo del alma<sup>66</sup>. Por ello, no logra entender que se permita la lectura de muchos malos libros y se impida la de la Escritura<sup>67</sup>. Además, a su parecer, la dificultad no puede constituirse en un obstáculo para acceder a la palabra del cielo, sino muy al contrario, debe representar un acicate para internarse en su estudio.

Tampoco niega el de Valencia que los comentaristas sean necesarios. Asegura, sin embargo, que hay que leerlos con crítica para aprender doctrina. De este modo escinde los conceptos de doctrina y de fe, al tiempo que sitúa a la primera en el plano de lo discutible. La religión es, por tanto, algo más que una doctrina e incluso más que una moral, es una

<sup>62</sup> *Ecclesia, dices, his omnibus prouidebit. Fateor id esse eius, praeter alia, officium sed haec non omnia semper uidet (loquor autem de pontificum coetu) non omnibus in locis praesto ades, non in omnibus concionibus quid agant uidet. (...) Illud uelis nolis concedes, concionatores et falli posse et fallere, id quod multis argumentis probatum est. Vid. F. Furió, op. cit., 146-147.*

<sup>63</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 147.*

<sup>64</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 147.*

<sup>65</sup> *Difficillima enim quaeque maximam requirunt diligentiam, ut percipiantur (...) sic etiam, ut quaeque difficillima est doctrina, sic quam plurima et quam maxima opus sunt nobis instrumenta, ut difficultas omnis superetur. Vid. F. Furió, op. cit. 150-1.*

<sup>66</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 150-1.*

<sup>67</sup> *Colliges item ex hoc denegari populo diuinos libros non oportere, quod cum nos ex animo et corpore constemus, utrumque suum habet alimentum, quo sustentetur et uiuat. Et corpori quidem alimenta multa, uaria, laute splendideque comparantur, quae nemini cupienti denegantur. Vid. F. Furió, op. cit., 153.*

fe o entrega. En resumen, los comentarios bíblicos son necesarios, pero no impiden la meditación individual sobre la Biblia<sup>68</sup>, lo mismo que no impide la experimentación personal del amor de Dios. La universalización de la Biblia sería también, contra lo que opina Bolonia, un lenitivo contra la herejía, ya que el conocimiento general del mensaje de Dios impediría el engaño de los concinadores perversos<sup>69</sup>.

El cristiano debe leer la Biblia como si no hubiera doctores que la explicasen<sup>70</sup>. Así es, porque su fin en este mundo es la felicidad eterna que procede de Dios y de sus palabras de salvación<sup>71</sup>. La salvación es, de ese modo, cosa de cada persona, responsabilidad de cada hombre y por ello la providencia apoya a cada «individuo» con su palabra. Al tiempo, la sabiduría es algo íntimo y sólo Dios sabe lo que existe en el corazón del hombre, sólo él sabe lo que el hombre encierra en su pecho. Además es la piedad lo que Dios utiliza para medir al hombre, no la sabiduría. Por ello es la piedad el acceso al conocimiento de Dios, la entrega a Dios y no los estudios o la erudición<sup>72</sup>.

De todo ello se deduce que la Biblia es inmune al carácter de los hombres que accedan a ella. Es, por definición, improfanable. De ahí que no sea preciso impedir que nadie, ni siquiera los impíos y paganos, puedan leerla. Es más, ella puede ser una medicina contra la impiedad. La conclusión de todo ello es clara: hay que imitar a Cristo, que vino para salvar a pecadores y no a justos<sup>73</sup>.

<sup>68</sup> *Oportebit igitur eius explicationem ab his, penes quos summa doctrinae theologicae laus est, audire, et audita diligenter repetere, eademque legendo non modo confirmare, sed augere etiam, sic fiet, ut maiorem habeamus coelestis doctrinae cognitionem atque adeo certiore. Vid. F. Furió, op. cit., 160.*

<sup>69</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 179.*

<sup>70</sup> *Sed interpretatos iam in vulgarem linguam atque meam libros ponamus. De eo nunc quaestio est, possim ne ipse sine doctore, ea quae ad salutem pertinent, per me ex libris intelligere, nec ne possim. Vid. F. Furió, op. cit., 183.*

<sup>71</sup> *Extremum autem est beatitas illa sempiterna, nullo temporis successu peritura, quam nobis pollicitus est Deus, ad quam nos alliciti, quam vult a nobis et uniuersis et singulis possideri. Vid. F. Furió, op. cit., 183.*

<sup>72</sup> *Oportet enim alterutrum fatearis, uel te totius populi animum habere perspectum, — quod esse non potest, quoniam solus Deus nouit corda hominum—, uel certo te scire Deum nolle hominibus auxilium petentibus suppetias ferre, quo turpius nihil excogitari potest. Ego de sacrorum librorum sententia hoc possum constanter affirmare, pios homines tametsi rudes et imperitos posse arcana Dii mysteria facillime intelligere (...) quicumque pietatem colet, is diuinam sapientiam consequetur. Vid. F. Furió, op. cit., 190.*

<sup>73</sup> *Imitemur potius Christum ipsum, qui, ut ipsemet testatur, non uenit uocatum iustos, sed peccatores. Vid. F. Furió, op. cit., 223.*

Además, frente a Bolonia, que opinaba que la Biblia era inabarcable, Furió afirma que, por ser justamente una emanación de Dios útil para la salvación, es abarcable. Lo impenetrable sería Dios, no su palabra<sup>74</sup>. La sagrada escritura es una de las revelaciones de Dios, junto con la creación y el propio Jesucristo. No entiende Furió, por tanto, por qué hay que vetar esta posesión<sup>75</sup>, herencia de todo cristiano que la posee en virtud del bautismo. Sólo la ignorancia, en definitiva, será causa de herejía<sup>76</sup>. Leamos lo que Furió dice a este respecto: *Nos Christiani homines, qui probitatem, aequitatem, iustitiam, ueram denique religionem profitemur, a sacris libris, communi omnium possessione, sones semouebimus, praeter pauculus quosdam, qui communi uocabulo qut monachi aut theologi nominantur?*<sup>77</sup>.

Es decir, dejar que la Biblia sea un monopolio de la jerarquía eclesiástica es una dejación imperdonable por parte del cristiano. Así se demuestra porque la Biblia en realidad es un pacto -*foedus*- más que un testamento -*testamentum*-. Es un pacto entre Dios y cada cristiano, entre Dios y su pueblo: *Extat enim uoluntas Dei duobus uoluminibus quasi tabellis testata et nota, quibus uulgo Testamenti nomen factum est. In aliis, quod prima uoluntatis diuinae sententia contineatur, Vetus; in aliis, quia suprema et ultima idea, Testamentum nouum appellatur*<sup>78</sup>.

La importancia de los teólogos e intérpretes queda con estas consideraciones disminuida, ya que la salvación se transforma en algo personal, en misión y lucha inexcusable para cada uno de los cristianos<sup>79</sup>. La verdadera teología, por tanto *nihil est aliud, quam Deum cognoscere et eius filium Iesum Christum, habereque regulam bene beateque uiuendi*<sup>80</sup>. En consecuencia, teólogo es todo aquel que ama a Dios y que se precia de seguir su ley: *Ergo licet omnibus christianis appellari theolo-*

<sup>74</sup> *Si Deus inmensus est et neque tangi neque uideri potest, par est, ut eius scriptura non ab omnibus legatur, nec omnibus pateat. Acute, scilicet, concludsum est. (...) Quum ista tua regula diuinas res metiaris, quare non ita concludebas? Ergo scriptura uidenda no est, quare non ita concludebas? ergo scriptura nulla de Deo esse debet. Iam si, ut inquit Paulus, omnia ad nostram utilitatem scripta sunt, ea si legi non deberent, quo pacto ad nostram utilitatem scripta essent? Vid. F. Furió, op. cit., 226.*

<sup>75</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 230.*

<sup>76</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 236.*

<sup>77</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 242.*

<sup>78</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 246.*

<sup>79</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 261.*

<sup>80</sup> *Vid. F. Furió, op. cit., 367-368.*

gis<sup>81</sup>. La teología exige intachabilidad de conducta, porque la maldad invalida ese nombre. No basta con saber o conocer cosas de Dios, sino que lo fundamental es amar a Dios y comportarse como cristiano<sup>82</sup>. Furió hace del cristiano un ser partícipe de Dios y no un hombre que conoce los resortes con que los escolásticos intepretan la sagrada escritura.

Por ello también arremeterá contra la idea de que son necesarios los estudios de humanidad para el conocimiento de la escritura, según había sostenido Bolonia con la intención de encerrar la escritura en la exégesis de los doctos<sup>83</sup>. Para Furió, como se acaba de señalar, la teología es piedad, fe y devoción, confianza en Dios, de ahí que sea patrimonio de todos los cristianos. Es, en definitiva, conocimiento natural o sentimiento que se instala en el hombre de devoción y de amor de Dios<sup>84</sup>.

En conclusión, la teología entendida como amor de Dios es cosa únicamente de la fe, y ello hasta tal punto que, en ocasiones, tantos conocimientos son un obstáculo para Dios<sup>85</sup>, que requiere almas desnudas y confiadas. De este modo la filosofía es una muralla para la fe, porque promueve disputas y usos de pensamiento que a Furió le parecen improcedentes y abotargadores de la claridad espiritual<sup>86</sup>.

La consecuencia de todo es clara: aunque el de Bolonia tuviera razón y la traducción de la Biblia pudiera alzar el deseo herético en algunos filosofastros que estudiasen la Escritura con perspicacia humana y sin inspiración del Espíritu Santo, merecería la pena su traducción, porque de este modo se cumple con la voluntad de Dios de llevar el mensaje a todo el mundo. El error, dice Furió, está en el hombre, no en la escritura: *Vitirum enim istud non scripturae, sed homi-*

<sup>81</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 368

<sup>82</sup> *Ergo Theologi nulli hominum aut dici potuerunt aut possunt aut poterunt, quantumuis morum probitate et uitae sanctimonia praestant atque excellant. (...) superbiae tituo foedes et macules.* Vid. F. Furió, *op. cit.*, 269.

<sup>83</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 288.

<sup>84</sup> *Ad hanc regulam si intelligentiam sacrorum uoluminum mentiaris in hominibus, cognosces uetulam illiteratam, —ad hominum opinionem loquor—, (...) Neque enim theologia humanis disciplinis innititur aut in animis omni disciplinarum genere cultis insedit.* Vid. F. Furió, *op. cit.*, 299.

<sup>85</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 301-302.

<sup>86</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 302.

*num est*<sup>87</sup>. La herejía nacerá pues del corazón del hombre y no del seno de la palabra bíblica<sup>88</sup>.

Recapitulando todo lo dicho: Bolonia y Furió, más allá de representar al retrógrado y al progresista, encarnan dos sensibilidades divergentes ante la experiencia religiosa, puestas de manifiesto ante la polémica concreta de la traducción de la Biblia a las lenguas vernáculas. Bolonia busca el mantenimiento del estatus eclesiástico, de la jerarquía, mediatizado por las convulsiones religiosas y heréticas de la época. Por ello encierra la Biblia en manos de los teólogos, recipiendarios de la ortodoxia eclesiástica. Puede hacerlo porque para él la Escritura es ante todo una fuente de doctrina, fundamento de la unidad y, por así decir, de la catolicidad del mensaje de Cristo y de la estabilidad del estado cristiano.

Furió, por su parte, no se deja intimidar por herejías ni polémicas religiosas. Lo que quiere es que el mensaje de Cristo llegue a todo el mundo. Así lo hace por entender la Biblia como mensaje de salvación y por entender la salvación como obra de la fe. La Sagrada Escritura, pues, es garantía de vida eterna y no leerla con el corazón supone abdicar del reino que corresponde al cristiano. El miedo a la herejía lo combate con la confianza en el Espíritu Santo, como inspirador del cristiano, y en el convencimiento de que la herejía es fruto del error humano, no de la lectura bíblica. Al contrario, el conocimiento generalizado de la Biblia puede contrarrestar la expansión herética. De este modo doctrina y fe dialogan por ver cuál de ellas es el centro de la vida del creyente y de la estabilidad del estado cristiano.

*Universidad de Valencia*

MARCO ANTONIO CORONEL RAMOS

<sup>87</sup> Vid. F. Furió, *op. cit.*, 345.

<sup>88</sup> *Nam quocumque sermone illae exprimantur, modo intelligi possint, semper et ubique errandi amplam facultatem dabunt, si perturbatio humani animi uelit eas in malam partem aut interpretari, aut rapere aut cogere. Vid. F. Furió, op. cit., 347.*